

nes del cristianismo. Habitamos á la mitad de la colina de Casamicciola, en frente de Gaeta y Terracina, en una casa rodeada de viñedos, en medio de un laberinto de terrazas sobrepuestas y de estrechos y pintorescos senderos. Nada de las fatigosas asperezas de Suiza, ¡y ni un solo indigena se apercebe de que todo aquí es delicioso! Esto es el libano con mayor encanto, y nos será muy grato descansar aquí, porque el descanso es dulce cuando se ha trabajado bien.

ERNESTO RENAN.

(*Revue de Deux Mondes.*)

BOSQUEJOS MÉDICO-SOCIALES PARA LA MUJER.

EL HURACAN DE LA INFANCIA.

«Nihil ergo magis naturale: nihil magis utile infanti esse potest quam ut propria matris lacte nutriatur.»
(Van-Swieten.)

I.

Siguiendo la buena costumbre que profesaban los antiguos peripatéticos, de explicar sus lecciones paseando por algun ameno lugar, voy á trasladarme con mis lectoras (1) á cualquiera de los muchos paseos que rodean la corte de España y conducen á uno de sus numerosos cementerios.

Tenemos derecho ilimitado de eleccion, y para mayor solaz escogeremos una tarde apacible de verano y el sitio que creamos más delicioso; el de la puerta de Toledo, por ejemplo.

Estamos en el puente de Segovia.

Comencemos admirando la naturaleza en una de sus más sublimes manifestaciones, y gocemos con el espectáculo que nos proporciona, seguros de que ninguna pena envuelve este sencillo placer.

Mirad, ¡qué hermoso panorama!

El sol, hundiéndose con majestuosa lentitud tras de las azuladas colinas del horizonte, simula un inmenso globo de fuego cuyo rojo resplandor tiñe de escarlata á esas caprichosas nubes que permanecen inmóviles anunciando una calma completa.

¡Qué lindo color ofrecen! ¡qué descomposicion tan seductora hacen sufrir á la luz! Parecen gigantescos rubies flotando sobre la azulada superficie de un extenso y tranquilo lago.

Allá, á lo léjos, los montes y los valles revestidos de verdor; á un lado la pintoresca Casa de Campo, con su frondosa arboleda; al otro los tan populares cerros de San Isidro; detras de nosotros Ma-

drid, siempre alegre, siempre bullicioso, siempre manifestando con su infernal algarabía la eterna animacion de sus habitantes; debajo de nuestros piés, y surcando ondulosa como inquieta cinta de plata, se desliza con pereza el Manzanares.

Todo presenta esa tierna poesia de las tardes del estío.

Nuestros pechos, abrasados de calor, se dilatan con amplitud para disfrutar la frescura y el aroma del ambiente.

Tanta grandeza conmueve el alma y tiende á sumergirla en dulces meditaciones.

Se recuerdan con vaga tristura las personas queridas que viven ausentes, los séres cariñosos que murieron, las penas que ahogan el corazon; y todo ello, postrando en lánguido sentimiento el espíritu, obliga á exclamar: ¡qué hermosa es la vida!

De pronto, viene á interrumpir nuestro éxtasis un canto lejano. ¿Qué será?

A breve distancia, y envuelto entre nubes de polvo, la vista quiere distinguir un grupo de niñas.

Esperemos que se acerquen...

Ya entran en el puente.

Miradlas ahora; todas son tiernas, puras, llevan sus vestiditos limpios y avanzan con órden.

¿A dónde irán estas inocentes niñas, entonando con sus argentinas voces dulces romances?

¡Ah! fácil es saberlo; las del centro trasportan cuidadosamente una pequeña caja, y dentro de ella, rodeado de flores, un cuerpo á quien falta el soplo de la vida.

¡Pobrecito! Ya sabeis lo que representa este infantil cortejo. Son las amiguitas de ese niño que ha muerto, y quieren tributarle un cariñoso recuerdo acompañándole hasta su última morada.

Ya han pasado: poco á poco se alejan; y otra vez la nube de polvo que comienza á envolverlas, y sus frescas voces, perdiéndose lentamente, las asemejan á una creacion fantástica.

Parecen un coro de ángeles, flotando entre nimbos de pureza, que lleva con cánticos celestiales á la gloria el alma de otro angelito.

¡Qué cuadro tan triste! No hemos podido todavía acallar el eco de dolor que ha levantado en nuestros corazones; aún resuenan en nuestros oidos sus cantares, y otro grupo ménos animado, pero de idéntica significacion, aparece ante nuestros ojos.

Un hombre vestido de negro, y con paso apresurado, como quien desea llegar pronto al final de su camino, conduce sobre sus hombros análogo ataud; tras de él, triste y silencioso, marcha un reducido número de personas.

Es otro niño, otro tierno capullo tronchado por el vendaval de la muerte.

Pero no pára aquí. Dirigid la vista hácia la puerta de Toledo, y vereis un carro vestido con lujo de co-

(1) Lo que en este y en los sucesivos artículos digamos á la mujer interesa á la sociedad toda, y por consiguiente á los ilustrados lectores de la REVISTA EUROPEA.

lores y movido por corceles empenachados, que adelanta también por el mismo camino.

Cualquiera le juzgaría un carro triunfal, y, sin embargo, su presencia estremece de pavor. ¡Es que no hay adornos que puedan embellecer la muerte, y ese vehículo encierra en su interior otra víctima como las anteriores!

¡Qué horror! Tres han pasado en ménos de media hora. ¿Qué significa tanta mortandad? ¿Alguna epidemia bate, tal vez, sus mortíferas alas entre los pequeños seres humanos?

No; el espectáculo que observamos es el mismo que ofrecen todos los días estos arrabales.

Los que viven en el interior de la población no conocen tan desconsolador trasiego de muertecitos, y se asustan cuando, buscando en el paseo la vida, ven por do quiera la muerte.

Preguntad á los moradores de estos barrios y os dirán que hoy se observa lo que todos los días. Primero uno, luego otro, en seguida otro, después otro; por la mañana, al medio día y por la tarde; ayer, hoy y mañana; y esto lo mismo en un cementerio que en otro, lo mismo en Madrid que en las grandes capitales del resto del mundo.

¿Queréis convenceros de que es así? Entremos en la ciudad, todos los semblantes revelan la misma expresión de ayer; preguntemos á las madres, todas están tranquilas; leamos los periódicos, ninguno habla de epidemias, y, lejos de ocuparse de las bajas habidas en el día, dicen, y con razón, que el estado sanitario es inmejorable.

Y si esto no basta á satisfacer vuestra natural alarma, averigüemos de qué han muerto tantos desdichados. Apenas se encuentran algunos con sarampion, viruelas, escarlatina, garrotillo... ó cualquier de esas enfermedades susceptibles de adquirir el carácter epidémico. La mayoría perecieron de raquitismo, del pecho, del vientre ó de la cabeza.

No os asuste la siguiente confesion.

Todos aquellos pequeños cadáveres, más otros muchos que pasaron por el mismo sitio en este día, más otros muchos que ingresan en los demas cementerios, representan la *mortalidad ordinaria de la primera edad*.

II.

Persuadidas de esta verdad, bellas lectoras, se ocurre al momento la siguiente pregunta:

¿Puede admitirse que, dentro de ese código admirable que rige el Universo, haya una ley que sujete á tan inconsecuente destino sus obras?

Decididamente nó.

La Naturaleza, trazada por la voluntad de un Creador eminentemente sabio, ha señalado á todas las manifestaciones de la organizacion un destino que

deben cumplir, y que no es la muerte, porque la muerte jamás puede constituir un destino.

Pruebas de ello las encontraremos con facilidad en la creacion.

Llega la primavera, y al hervor de su clima y de una rica sávia brota el capullo, crece después, abre su cáliz, regala al ambiente su aroma, á la combustion su oxígeno, al suelo su fecundante pólen, y sólo perece cuando ha preparado el fruto, con lo cual ha concluido su mision.

Busquemos á los más pequeños animalitos, y todos, aun los que constan de una sola célula en actividad, crecen, viven y mueren cuando han elaborado sus productos y asegurado la especie.

Desde estos *microzoos* hasta el más corpulento *paquidermo*, todos obedecen á las mismas leyes, todos cumplen su destino; son raros, rarísimos los que perecen ántes. La especie humana es la que, por desdicha, pierde más seres recién nacidos, lo cual parece incomprensible.

Que un anciano muera es natural. Las grandes leyes de la materia activa exigen la muerte del individuo para la perpetuidad de la especie, y nada más lógico, nada más conveniente, digámoslo sin rodeos, para el mismo individuo, que su caducidad final.

Aparte de la acepcion psicológica de la muerte, el naturalista no debe ver en ésta más que la evolucion final de una existencia, un verdadero cambio de estado, merced al cual desaparece una entidad personal, decrepita, inservible y estéril, para que renazcan otras muchas lozanas, idóneas y fructíferas.

¿Qué hace, por ejemplo, ese anciano decrepito, cuya vista nublada por el cansancio no percibe los objetos, cuyo cerebro reblandecido por largos trabajos se niega á brillantes concepciones, cuyo cuerpo se encorva abrumado por el peso de los años, y cuyas piernas se arrastran impotentes por el suelo? ¿Qué destino llena empotrado horas y horas en un sillón, aquejado por dolorosos achaques, y siendo una pálida sombra, un espectro de su pasada lozania, cuyos recuerdos ahora acibaran más el tormento de su impotencia?

Ninguno. Cumplió el suyo, y vive defraudando á la materia, como vive defraudando la casa la vieja sirvienta que conservais después de ciega y débil, sólo porque os ha servido largos años.

Para la familia, aquél es un objeto querido; para la sociedad, un sér indiferente; para las leyes de la naturaleza, un defraudador de sus materiales, que necesita recibir el soplo de la muerte para que los elementos constitutivos de su cuerpo vayan á vigorizar nuevos seres.

Por eso la muerte en la vejez no debe asustarnos; si nos faltase, la sociedad la pediría á voces. Lo

que si asusta y estremece es verla sorprender al sér ántes de su evolucion legitima.

Digamos, por consiguiente, que la Providencia no es injusta ni cruel. Nada ha creado para destruirlo en seguida. Los que se conforman con la muerte en las primeras edades, y exclaman: «Dios lo ha querido,» pronuncian, sin saberlo, una blasfemia insensata.

Dios no quiere, ni puede querer que el niño muera; y para impedirlo ha dispuesto de tal modo las cosas que, dentro de las leyes naturales de un buen desenvolvimiento, la criatura goza de condiciones viables; si la mayoría perecen, cúlpense á nuestro descuido, á nuestros errores y á nuestros vicios.

Tanto es así, que si descendiéramos á examinar las causas de estas defunciones, observaríamos que casi todas residen dentro de los límites de la acción humana.

La naturaleza tiene trazadas sus leyes, fatales porque jamás las varía; las aberraciones que en ellas creamos encontrar son provocadas por nosotros mismos, unas veces á sabiendas y otras por ignorancia.

Descendamos á ejemplos.

Tenemos en nuestras manos una semilla donde permanecen latentes actos vitales maravillosos, que podemos desenvolver si la damos calor y humedad en cantidad conveniente á la germinación. Para lograrlo escogemos terreno apropiado, la sembramos, y la semilla se desenvuelve brotando una planta que corre todas las evoluciones de su existencia.

Pero sembremos esta misma semilla en un terreno árido, infecundo y seco: sucederá una de dos cosas, ó que aborta, ó en el caso de brotar la planta será débil, lácia y agostará pronto.

Hé aquí, en breves frases, la ley que rige á la humanidad entera.

Cuando ese delicado *óvulo*, que oculta el misterioso gérmen de futuros séres, tenga por campo de su desarrollo una matriz infecta y corrompida; cuando, una vez nacida, la infeliz criatura quede expuesta á los mil peligros que la rodean, y cuando, en vez de darla el alimento sano y apropiado á sus condiciones, se la dé otro alterado y nocivo, la criatura morirá fatal y necesariamente.

III.

Comencemos este vital estudio, haciendo una salvedad.

La lactancia mercenaria, convenientemente utilizada, es, en casos que despues diremos, de rigurosa aplicacion y beneficios indudables.

Fuera de estas ocasiones, ofende:

1.º A la moral.

2.º A los pueblos.

3.º A la salud y cualidades morales de los niños.

Y 4.º A la higiene de las mismas madres.

Estos temas, desenvueltos con la brevedad y el estilo que requiere la índole de nuestras lectoras, serán los que nos ocupen en el trascurso de este artículo.

Como complemento, expondremos al final una serie de consejos vulgares sobre las cualidades que deben adornar á una buena nodriza.

IV.

Existe una coincidencia notable entre dos hechos cuya relacion de causa á efecto no discutiremos, pero que si estimamos conveniente apuntar.

Es la siguiente:

«Siempre que los pueblos han caído en la degeneración y el envilecimiento, la lactancia mercenaria ha sido una de sus prácticas más extendidas.»

Lo cual equivale á decir, que ya esta odiosa costumbre representa un principio de inmoralidad, cuya trascendencia es fácil reconocer.

Por el contrario: cuando los pueblos se han regido por instituciones gloriosas, y han sabido conservar, entre los adelantos de un verdadero progreso, las sencillas costumbres patriarcales de sus antepasados, la mujer ha vivido penetrada de sus deberes y ha consagrado sus desvelos al cuidado de los hijos.

El hombre ha comprendido desde el primer momento que la verdadera alma de esa progenie, que despues habia de sucederle, conservando su apellido y continuando su obra, era la madre, puesto que sólo con sus cuidados y el alimento de sus pechos la criatura podría criarse.

Á esta convicción se debe que desde tiempo inmemorial el hombre eleve altares á la mujer en el fondo de su corazón, cuando su maternidad se ha manifestado con la asiduidad y el heroísmo que reclaman los sentimientos que la naturaleza ha inculcado en la mujer.

Los griegos, por ejemplo, en tiempo de Demóstenes, eran tan celosos de esta virtud, que honraban á las madres encargadas de nutrir á sus hijos, miéntras que cubrían de oprobio á las que, sin causa suficiente, los confiaban á manos extrañas.

Roma, en los días más brillantes de su grandeza, cuando la prostitucion no habia estragado sus buenos sentimientos, ni corrompido las sencillas costumbres de sus hijos, rendía especial culto y admiración á las castas matronas que lactaban sus propios niños.

En China mismo, desde tiempos remotos, se mira como falsa madre á la que desatiende sus deberes legítimos.

En Alemania, Holanda, Suiza y demas puntos de Europa, no hace muchos siglos que sucedía otro tanto y se daba el caso de ver á las reinas mismas encargarse orgullosas de la nutricion de sus hijos.

Recordamos, á propósito de esto, un suceso de la minoría del rey San Luis de Francia, que realza en extremo las virtudes de su santa madre.

Lactaba la reina doña Blanca á su hijo Luis cuando en cierta ocasion, que se hallaba aquella acometida de un fuerte acceso de fiebre, el pequeño rey comenzó á llorar con tantas ganas, que una dama de la corte, que tambien criaba, se compadeció de su afliccion y le hizo callar dándole leche de sus propios pechos. Despues la reina, algo restablecida, quiso lactarle, pero el pequeño, que se había servido á su placer, rehusó mamar, haciendo caer á la augusta señora en sospechas de lo que había sucedido. La indignacion que se apoderó de ella fué tan grande, que, metiendo violentamente sus dedos en la boquita del pequeño Luis, le hizo arrojar cuanto había tomado, reprendiendo con severidad á la que ilegítimamente la había sustituido en sus sagrados deberes.

He aquí una buena madre que hoy no comprenderán muchas, porque el espíritu general de la sociedad actual vive refractario á las dulzuras y encantos de la vida doméstica.

Pero bueno es que hagamos una pequeña observacion respecto á nuestra humilde personalidad, ántes de proseguir.

No somos viejos; apénas contamos veintitres años de existencia en esta peregrina tierra, y por tanto no se nos podrá alegar que aplaudimos lo pasado porque nos perteneció, y condenamos lo del dia porque corresponde á otra generacion. Podemos, por consiguiente, juzgar con imparcialidad los hechos, y decir que en materia de prácticas domésticas, y sobre todo en ésta, hemos degenerado mucho.

Digan lo que les plazca los que crean que la vida es un torbellino, no por eso será ménos cierto que merecemos la execracion de nuestros antecesores; las mujeres porque se abandonan demasiado, los hombres porque toleran y aún estimulan este abandono.

Hoy ya el matrimonio obedece, con más frecuencia que ántes, á un espíritu de conveniencia.

La jóven, sujeta á la necesaria tutela de sus padres, apetece la libertad, que quiere lograr á costa de cualquier casamiento, sin reflexionar las obligaciones que se impone.

Despues, cuando es madre, sucede que, léjos de habituarse á la sujecion que requiere el cuidado de sus hijos, busca con ardor el placer; se deja arrastrar por las seducciones del mundo, y para quedar libre, para que no la ofendan los gemidos de una criatura, ni despierten en su corazon los cuidados

que ligan una madre á sus hijos, para poder brillar tranquila en los salones y retirarse á las primeras horas de la mañana, confia el fruto de su vientre á una falsa madre, á la primera afortunada que se ofrece como *ama de cria*.

El afán natural de muchas (extendemos nuestras observaciones á todos los grandes centros de la sociedad) es, primero casarse, despues gozar. ¿Qué importa que miéntas ellas alegres y esclavas de sus deseos enloquecen convertidas en tesoros de adornos y hermosura, rodeadas por una corte de necios aduladores, sus pobres hijos sufran el rudo trato de una mala nodriza, ó espiren en brazos de una mercenaria?

Despues no faltará tiempo para llorar y arrepentirse, y sobre todo ya habrá algunas amigas oficiosas que derramen consuelo en sus almas, diciendo: «Estaba de Dios; angelitos al cielo.»

En la familia residen la virtud, el amor puro y la calma del espíritu; en los salones de grande reunion y en los espectáculos públicos están el vicio, el oleaje de las pasiones y el incentivo de los deseos impuros.

La casta matrona que vela al lado de la cuna por el fruto que el cielo la ha concedido, que le adormece con dulces cantos y suaves balanceos, y que deposita despues sobre su blanca frente un amoroso ósculo, como bendiciendo aquel tranquilo sueño, representa lo más grandioso de la creacion; representa á Jesucristo, cuando atrayéndose á los niños con frases tiernas, llamaba hácia su gracia las futuras generaciones.

Por el contrario, la madre que olvidando su deber aleja de sí sus hijos temerosa de que marchiten su frescura y consuman su rostro, se convierte en una muñeca que sólo sirve para cautivar la mirada de los que la rodean.

Pero, así como ésta es arrojada á la calle cuando sus miembros han sido mutilados, y su cara fina, pero de toseco carton, ha sido abollada, así aquella, cuando la edad marchite su rostro y le haga inútil para resplandecer en la vida de los goces materiales, debia ser desechada y arrojada de la familia.

Pero... no prosigamos tales consideraciones. Dejemos á los moralistas explotar convenientemente este terreno. El campo es vasto, la podredumbre mucha, la necesidad de podar grande; materia sobrada tienen, por consiguiente, para esgrimir la pluma. Nosotros, cumpliendo mejor, como médicos, vamos á pasar á otro género de estudios.

V.

Hay en Europa una nacion que ofrece al recto exámen las más opuestas cualidades.

Grande en sus empresas, admirable en su industria y poderosa en sus relaciones con el mundo, ba-

raja, sin embargo, entre tan envidiados atributos, bastardeadas costumbres, mezquinos detalles y vicios infinitos.

Si la veis por fuera es altiva, coqueta y orgullosa; si encarnais vuestro estudio en su vida íntima aparece degenerada, impura y depresiva.

Francia, efectivamente, recuerda la Ninive corrompida de otros tiempos. Allí, como aquí, la moda domina de tal modo las clases sociales, que la virtud y la sencillez de las costumbres van desapareciendo, arrolladas por un refinado erotismo y una depravacion espantosa.

Todas las reglas tienen excepcion, y por tanto, dejamos á flote de este anatema sus honrosas exclusiones; pero examinando su carácter predominante, veamos lo que representa el núcleo de su nacionalidad: París.

Nadie le negará sus cualidades de capital esencialmente obrera, activa, bulliciosa ó industrial; pero al mismo tiempo todos le conocen como un foco de corrupcion que extiende sus relajadas prácticas á los países contiguos.

Diríamos con propiedad que es el inflamado cráter lanzando entre ricos materiales mangas de ardiente lava que abrasa cuanto lame.

Se nos replicará que todas las grandes poblaciones adolecen de numerosos vicios. Es verdad; pero la que hoy raya más alto es París. Que se nos busque sino otra que la iguale, y retiraremos nuestro juicio.

En este país, desde Francisco I, la lactancia mercenaria ha adquirido tan grandes proporciones, de tal modo se ha identificado con las necesidades de aquella sociedad, que no hay nacion en el globo donde abunde tanto.

En vano multitud de distinguidos médicos se han levantado contra ella; la lactancia mercenaria continúa haciendo sus estragos y poblando con millares de niños los cementerios.

Grisolle, Bouchut, Levret, Nelaton, Donné, Pelletan, Laurent, Gellius, Gijoux, Fonsagrives, Huguet, Harmand, Chassinat y otros infinitos que ahora no recordamos, son los nombres de infatigables campeones que han peleado sin cesar por destruir dicha costumbre, entre cuyas fatalísimas consecuencias figuran, prescindiendo de otras muchas de gran valía, la despoblacion francesa y el envilecimiento de los ciudadanos.

Ningun medio han omitido. Consejos á los gobiernos, á la sociedad entera, á las madres, á los comprofesores mismos; pero, desdichadamente, si no han sido completamente desatendidos, tampoco han logrado modificar lo bastante una exigencia que se titula de *buen tono* y que lleva consigo el impulso de esa fuerza poderosa, gigantesca, irresistible de la *moda*.

En Madrid, felizmente, la lactancia mercenaria no se ha generalizado tanto como en Francia. Todavía aquí hay aristócratas que hacen noble ostentacion de lactar sus niños, y cuando ménos, aquella se hace siempre bajo la tutela y vigilancia de la misma madre.

En París hay dos clases de nodrizas: las que entran á formar parte de la familia, y las que se llevan los niños á su aldea (*nourrices de campagne*).

Por consecuencia de esta separacion, las segundas no pueden ser observadas, gozan de completa libertad, cuidan bien ó mal de la cria, y lo mismo responden con un cadáver que con un niño robusto y coloradote.

Habrà algunas de buenos sentimientos que atenderán con solicitud al pequeño infante; pero muchas, dominadas por mera explotacion, desatienden á la criatura, lactan á más de una, odian sus impertinencias, sus caprichos, sus lloros, y concluyen por abandonar casi completamente al infeliz que, por su debilidad propia, tanto esmero reclama en su asistencia.

Dice Sarcey, uno de los más acérrimos defensores de la lactancia maternal, refiriéndose á las nodrizas de aldea:

«Como es natural, todas han recibido la ruda educacion de la pobreza. Apénas han podido servirse de sus brazos y de sus piernas se las ha obligado al trabajo del campo y de los bosques: se las ha alimentado mal, se las ha golpeado; su corazon y su cuerpo se han endurecido á un mismo tiempo, y por consiguiente, se han habituado á ver en el niño un instrumento de trabajo, cuya pérdida no debe significar gran cosa, ya que muchas veces no se considere buena.»

Hay una observacion que confirma todo lo dicho y habla más alto que cuanto pudiéramos exponer. Consiste en que la mortalidad es extraordinariamente mayor en las villas á donde se envían los niños de París que en los demas puntos.

Circunscribiéndonos al territorio de Nogenta-Le-Retron (Eure-et-Loire), donde la industria femenina consiste exclusivamente en criar recién nacidos de París, el doctor Brochard, encargado de la direccion de las nodrizas de este distrito, resuelve todas las dudas con la lógica irresistible de las siguientes cifras:

De 2.429 crias (*nourrissons*) llegadas de París en 1859 (4) ha comprobado oficialmente que murieron un 53 por 100, mientras que de los 2.165 nacimientos habidos durante este tiempo en el mismo distrito, apénas llegaron á un 20 por 100, es decir, la quinta parte.

(4) El doctor Bouchut estima en más de 18.000 los niños que salen todos los años de París. ¡A qué consideraciones se presta esta enorme cifra!

Si estas cifras no bastan, todavía podríamos concretar más el estudio con las siguientes conclusiones:

De las bajas indicadas, la proporción ha sido de 47 por 100 en los niños de la comarca que cuidan las nodrizas, perfectamente vigiladas por la autoridad; 42 por 100 en los centros particulares privados de vigilancia; de 55 por 100 entre los niños de París, cuyas nodrizas son vigiladas, y de 60 á 75 por 100 (!) en las que no lo son y gastan biberones.

Podemos asegurar, en tésis general, que París pierde cada año de sus nacidos más de la mitad, es decir, próximamente unos 20.000 infantes, que suponen los estragos de una devastadora epidemia.

¡Cuánta existencia en su mayoría inicuamente destruída! ¡Quién sabe; tal vez muchos de esos infelices hubieran sido glorias de la patria y grandes bienhechores de la humanidad!

¡Cuántos habrán bajado al sepulcro llevando en su cerebro el gérmen de maravillosos descubrimientos!

Posible es que haya quien se sonría de estas exclamaciones. Los que creen que todo hombre es una gota de agua perdida en el Océano de la vida, tal vez las ridiculicen porque no comprendan su importancia.

Sin embargo, la sociedad necesita para su vida el concurso de ciertas personas.

La ley del progreso, á la que está necesariamente sometida, no podría realizarse, y de hecho no se realiza, sino por determinados genios.

Desconocerlo sería un absurdo.

Sin un Guttenberg, quizás las prensas no sudarían todavía el papel preñado de ideas; sin un Newcomen, la locomotora no volaría por líneas de hierro, borrando distancias y trasportando en sus coches las manifestaciones de la actividad humana; sin un Morse, el alambre no vibraría con la chispa eléctrica, llevando, rápida como el pensamiento, la palabra á los confines del mundo; sin un Lavoisier, el hombre no conocería el aire que le rodea; y sin otros muchos genios que han pasado por el mundo, y fuera prolijo enumerar, la sociedad no disfrutaría los adelantos del siglo XIX.

Y si esta necesidad no se estima de gran importancia, la población del mundo reclama la vida de esos seres.

Los que creen que el mundo está suficientemente poblado, se equivocan de medio á medio. Es más, la higiene solicita su aumento.

Veamos sino esos extensos desiertos y valles insalubres, completamente despoblados, convertidos por la ausencia del hombre en focos de epidemia.

Dijamos una mirada á las extensas llanuras de la Mancha en nuestro país, áridas y secas, más por

la falta de trabajo que por las condiciones del suelo.

Jamás éste es completamente estéril; el que no sirve para cultivar cereales, sirve para pinos..., todos, con ayuda del trabajo, pueden convertirse en fuentes de riqueza pública.

Pero dejemos estas reflexiones. Contra nuestra voluntad venimos apuntando multitud de trascendentales asuntos que surgen del tema que nos ocupa.

¡Tal es su importancia y tan grande su influencia sobre los pueblos!

Apliquemos los datos estadísticos ántes citados y las consecuencias que de ellos se desprenden á nuestra misma nación, y nos evitaremos repetir, refiriéndonos á España, lo que hemos dicho de un país vecino.

Delante de nuestra vista tenemos en este momento multitud de cifras sobre el mismo tema sacadas de nuestras inclusiones y registros civiles, que confirman todo lo expuesto; pero prescindiremos de ellas por no fatigar más á nuestras lectoras.

VI.

Si de estos análisis generales descendemos á las apreciaciones individuales, todavía rasaltarán más los perjuicios de la lactancia mercenaria.

Todos los seres de la creación se resienten cuando se modifican sus condiciones de vitalidad.

El trasplanto de vegetales no siempre se hace impunemente: si el terreno donde ha sido impuesto el vegetal no goza de condiciones análogas á las que tenía el primitivo donde se desenvolvió, la raíz y el fruto varían en cualidades.

Cuando se alimenta una oveja con la leche de una cabra, y viceversa, la lana de la una sale más fuerte, y el pelo de la otra más fino.

Estos son hechos tan conocidos, que el vulgo los viene utilizando desde tiempos antiguos para diferentes usos.

El inmortal cantor de la *Iliada*, el divino Homero, daba pruebas de conocerlos cuando reprochaba la lactancia de Aquiles.

Siglos despues, el inspirado vate romano, Virgilio, los repite cuando dice de Eneas: «sí, bárbaro, tú has mamado la leche de un tigre de la Hircania,» manifestando, sin duda, que los primeros alimentos de la criatura imprimen carácter á su modo de ser.

Y sin necesidad de acudir á estos recuerdos de la fábula, veamos todos los días lo que sucede á las personas cuando cambian de régimen.

Llegan á Madrid ó á cualquier otra capital esos robustos campesinos acostumbrados á una frugal comida, y la ingestión de platos más exquisitos les acarrea una enfermedad que no pocas veces les conduce al sepulcro.

Pues si todos estos hechos nos dicen á grandes

voces que la constitucion humana sufre con los cambios de nutricion, ¿qué ofrece de extraordinario que las criaturas se resientan del mismo modo?

Nace el niño de una pequeña célula que comienza siendo parte integrante de la mujer, crece y sufre sus evoluciones todas dentro de aquel mismo organismo, viviendo como él, nutriéndose con su propia sangre, acomodando, en una palabra, su entidad orgánica á la de su origen, como quiera que es hueso de sus huesos y carne de sus carnes; si al nacer le variais por completo el alimento, tiene forzosamente que resentirse.

La leche, en último resultado, no es más que una de tantas modificaciones de la sangre. Podríamos decir que era la sangre misma, ligeramente elaborada y variada de color, dispuesta para servir de transicion á los demas alimentos que más tarde comenzará á utilizar el nuevo sér.

Semejante circunstancia dota á la leche de propiedades casi idénticas á las de la sangre.

Si esta es viciada, aquella lo será tambien; si, por el contrario, tiene buenas cualidades, la leche gozará de excelentes condiciones alimenticias.

Con esta simple indicacion se trasluce la importancia de elegir una buena nodriza, asunto que vemos muy desatendido, cuando no descuidado por completo.

Consecuencia necesaria de ello es, que muchas criaturas, nacidas puras y sanas, beben en los pechos de una nodriza el asqueroso virus que llena su cuerpo de hediondas enfermedades, las más de las veces causas incorregibles de la muerte (1).

Y no hay que culpar por ello á la insuficiencia pericial de los médicos, pues ciertos estados enfermos no se manifiestan por síntomas exteriores, y los que pudieran reconocerse suelen ocultarlos las interesadas, oponiéndose á todo género de reconocimiento.

El hecho siguiente es lo que más frecuentemente sucede cuando se trata del exámen de una nodriza.

Una tarde fui llamado para que examinase una muchacha que criaba un niño ajeno.

Los padres de éste, temerosos de un conflicto, me habían prevenido ocultase mi profesion y me limitara á discretas indagaciones.

Todo fué inútil; apénas la nodriza me vió entrar, comprendió el objeto de mi visita y comenzó á llorar protestando de su salud y negándose á todo exámen.

Los padres procuraban persuadirla; ella se negaba, gritaba, se retorcia, fingió un desmayo, se levantó airada, y temí que nos castigase á todos.

Persuadido de lo infructuoso que era cualquier

(1) Es tan frecuente esto, que, segun mis observaciones, calculo que en Madrid sucede el 90 por 100 de veces que se emplea la lactancia mercenaria.

empeño, me retiré aconsejando á los padres variasen de nodriza, pues aunque sus sospechas no fuesen ciertas, el aspecto miserable, raquítico y truhanesco de la muchacha desacreditaba el producto de sus pechos.

Como hemos observado bastantes veces escenas parecidas, no tememos asegurar que la mayoría de las nodrizas son mujeres de cuerpo corrompido y costumbres licenciosas.

En rigor se comprende que así debe ser.

La lactancia mercenaria es un *modus vivendi* que proporciona grandes consideraciones familiares, y mejor remuneracion que los demas servicios á que se sujeta la mujer en la casa del prójimo.

Las criadas, las doncellas, las cocineras, todas viven celosas del ama de cria, porque ella se absorbe las comodidades, y sus caprichos se convierten muchas veces en verdaderos mandatos.

La nodriza no trabaja, come bien, va al teatro con los señores, sale á pasear siempre que estos pasean, recibe finos regalos: es, sin disputa, una señora en todo el valor de la palabra.

¿Quién se resiste á satisfacer los ordinarios deseos de una nodriza, cuando sabemos que tras un disgusto puede venir una perturbacion de la leche?

¿Quién no se preocupa seriamente si la nodriza adelgaza, y no la aconseja buena vida para que engruese y trasmita su vigor al niño?

¿Quién no procura que la nodriza vaya aseada y brille en los paseos, para que haga honor á la casa?

Con tales condiciones de vida la categoria de nodriza se hace hasta apetecible.

¡Y es tan fácil lograr este ascenso!

Como que muchas veces aparece al final de un *descuido*.

¿Cuántas veces tras un período de prostitucion y libertinaje, durante el cual se ha *pasado por todo*, la mujer entra á formar parte de una familia que la cree sana, cuando no virtuosa!

Y conste que no queremos descender á referir otra clase de peligros, porque se resisten á ser descritos por la pluma.

Con decir que en numerosas ocasiones el médico tiene que curar ciertas enfermedades de los niños, de índole contagiosa y que no han sido transmitidas por la leche, apuntamos uno de los más inicuos crímenes (así debe llamarse) que se pueden concebir.

Y basta de esto, que si proseguimos, posible es nos malquistemos con todo ese gremio de falsas madres, y nos juren odio á muerte, lo que, bien sabe Dios, no dejaria de asustarnos algo.

VII.

Hemos dicho que la lactancia es conveniente á la salud de las madres, y se debe creernos.

El solo hecho de que la naturaleza ha dispuesto

la organizacion de la mujer y los procesos de su embarazo de tal modo, que al final de este la leche comienza á segregarse, revela la conveniencia de la lactancia.

Los pechos no son órganos de adornos, pues nada en el cuerpo ha sido creado con este exclusivo objeto; todo obedece á un principio más sublime que el de un puro capricho; á la necesidad de una funcion.

Hay órganos, y el que nos ocupa es uno de ellos, que se conservan inactivos por un tiempo más ó ménos largo, hasta que les llega la época de cumplir el destino para que fueron creados.

Si este no se cumple despues en los términos convenientes, sucede una de dos cosas: ó sobreviene su enfermedad, ó su atrofia, en otros términos, su consuncion.

Como prueba de lo primero, citaremos que muchos prácticos creen que en ciertas señoras las enfermedades de los pechos no reconocen otra causa que la falta de la lactancia.

En confirmacion de lo segundo, podemos asegurar que en Paris, Madrid y otros análogos puntos, se encuentran familias cuyas mujeres tienen los pechos muy poco desarrollados, sólo porque desde largo tiempo no los utilizan para la cria.

Nada de lo dicho debe sorprender, pues lo apoyan razones sencillísimas.

El más pequeño trastorno, la más insignificante desviacion que se haga sufrir á la naturaleza, puede ser origen de fatales resultados.

Pues bien, la supresion de la secrecion láctea es de tal trascendencia, que, para lograrla, se hace preciso desviar radicalmente á la economía humana de su natural camino.

Se la priva de una funcion que absorbía ó gastaba el exceso de actividad orgánica á que se había habituado durante el embarazo, el cual, no pudiendo consumirse en una funcion natural, concluye por desenvolver un padecimiento.

Esto es lo lógico; cuando algunas veces no sucede así, hay motivos para admirarse.

Efectivamente, la actividad orgánica representa una fuerza cualquiera, y así como vemos, por ejemplo, que cuando la dinamita inflamada en la cavidad de un cañon no puede consumirse lanzando á distancia el proyectil concluye por reventar aquel, así la actividad orgánica del cuerpo concluye por engendrar una enfermedad.

Téngase presente una ley de fisica pura:

«Las fuerzas nunca se destruyen: cuando no producen un efecto, se cambian en otro.»

Procuremos, por consiguiente, que las fuerzas naturales se inviertan en el destino para que legítimamente fueron creadas, que de este modo lo pasaremos mejor.

Todos los extremos tienen sus inconvenientes; y ya que de la lactancia nos ocupamos, bueno es asegurar que cuando se hace en exceso, también acarrea infinitas enfermedades.

Si á una planta la extraeis más jugo del que puede arrojar, el resultado todo el mundo lo sabe: se seca.

Hecho parecido sucede con la mujer, y de aquí que, para evitarlo, se someta á un régimen conveniente la nutricion de los niños.

Hay algunos de estos que, como dicen las madres, no cesan de *tragar*.

A cada momento están llorando, y aquellas, demasiado celosas, creen que el llanto revela hambre, y en seguida acuden con sus pechos á satisfacer sus deseos.

Esto no es conveniente.

El chico llora la mayoría de las veces porque no tiene más que dos deseos, llorar y mamar; cuando no se le ocurre el uno, se le presenta el otro.

¿Estais seguras de que el niño ha mamado hace poco? Pues dejadle que lllore; es lo único que sabe hacer, y aún cuando su habilidad no lleve al alma todos los placeres de una lánguida melodía, no por eso deja de tener sus notas correspondientes.

Procediendo de otro modo, suceden dos perjuicios: primero, que se enseña mal al niño; y segundo, que se perjudica la madre.

Ya comprendemos que para ello se necesita cierto valor, que algunas llaman, injustamente sin duda, crueldad; pero preferible es soportar las *rabieta*s del pequeño durante algunos días, que sufrir durante catorce ó más meses sus caprichos.

Suele observarse en esta edad un fenómeno que asusta mucho á las madres, y que es, por decirlo así, el golpe decisivo para que se apresuren á colocar su pecho en la boca del infante.

Me refiero á cuando, queriendo los niños comenzar su llanto con fuerza, les cuesta algun trabajo y se ponen violáceos, congestionados y como amagando una apoplejía ó una asfixia.

Este estado ántes nos asustaba también á nosotros; hoy nos reímos de él, y si fuera posible dotar de malos pensamientos al niño y capaz de llevarlos á efecto, diríamos que era una falsa amenaza destinada sólo á producir sensacion.

Jamás hemos visto seguirlos ninguna mala consecuencia, ni tenemos noticias que nadie refiera haberse realizado la catástrofe que parece amenazarlos.

Desde luégo que todas estas prácticas deben seguirse con mayor rigor durante la noche.

Despues de haber mamado bien al cabo del día (suele bastar una vez cada dos horas), la madre debe acostumbrar al niño á que no mame más que una vez ó dos á lo sumo por la noche.

Como nuestro objeto principal no ha sido extendernos en dar reglas sobre la lactancia y sí mostrar los inconvenientes de la lactancia mercenaria, prescindiendo de dar otros muchos consejos sobre la manera como aquella debe hacerse, las modificaciones que debe ir sufriendo según la edad del niño, y demás de cuanto se relaciona con este curioso y trascendental asunto.

VIII.

Vamos á concluir este artículo cumpliendo lo que hemos prometido.

No siempre las madres pueden ni deben criar, y las principales causas que lo impiden son:

- 1.º Debilidad grande de la mujer.
- 2.º La existencia de ciertas enfermedades humorales, como sífilis, herpes, escrófulas... etc.
- 3.º La existencia de otras, como tumores malignos ó cancerosos, tisis, histerismo en alto grado...
- 4.º La falta de leche, su mala calidad, su poca secreción, etc., etc.

En estos casos la familia primero, y después el médico si se le llama, deben aconsejar la lactancia mercenaria, para la cual conviene una nodriza de cuyas buenas cualidades se hayan asegurado ántes los interesados.

Hé aquí las condiciones preferibles, y que procuraremos exponer al alcance de las personas, áun las más ignorantes.

Desde luégo que las mismas circunstancias que excluyen la lactancia maternal deben faltar en la nodriza, y además ésta debe ser:

1.º Experimentada; es decir, que haya lactado ántes algun niño, pues de este modo conoce mejor el trato de ellos, y es posible tomar informes en la casa ó casas donde ántes haya servido. Las primeras suelen ser inexpertas, y sabido es por demás que todo aprendizaje da lugar á desaciertos.

2.º Debe procurarse que la leche cuente próximamente la misma edad que la de la madre.

Efectivamente, este líquido cambia de cualidades; á medida que pasan los meses va perdiendo sus virtudes, y sería indigesto dar á un recién nacido la leche de una nodriza que hiciese ocho ó más meses que hubiese parido.

En el caso que referí ántes, la nodriza venía explotando su leche hacia dos años y medio. Esto jamás debe consentirse.

3.º La edad de la nodriza no debe pasar de 35 años, ni bajar de 20, por razones fáciles de comprender.

4.º El aspecto exterior de la nodriza debe ser agradable. Fresca, robusta y de apretadas carnes, no flojas ni linfáticas.

5.º Debe tener los pechos redondeados, bastante

fuertes, de venas azuladas, pezón bien saliente, á fin de que el niño no tenga dificultades para mamar.

La magnitud de los pechos no significa nada. Es una cualidad que depende de la mayor ó menor cantidad de grasa, y por tanto que no influye en las condiciones de la leche.

6.º La dentadura bien conservada, y las encías firmes y de buen color, recomiendan bastante á una nodriza.

Sin embargo, hay algunas que teniendo dientes careados producen buena leche.

Las encías coloradas revelan buena sangre.

7.º En nuestro país miramos como mejores á las oriundas de los lugares montañosos. La experiencia ha confirmado lo razonado de esta elección.

En materia de leche, las vacas y las nodrizas (perdónesenos esta conjunción que no obedece á la maliciosa idea de ofender á las segundas) de Holanda, Suiza, Astúrias, Galicia, Santander y demás parajes donde el terreno es montañoso y por ende los alimentos y los pastos inmejorables, son dignas de particular estima.

8.º El carácter de las nodrizas debe ser dulce, tranquilo y apto para soportar las molestias de un pequeño.

Las que tienen un carácter exigente, irascible y dispuesto á luchar á regañadientes por cualquier cosa, no convienen de ningún modo, porque las cualidades de la leche se alteran con facilidad.

9.º Todo cuanto recomendemos con respeto á la salud de las nodrizas es poco: la leche tiene que ser, como hemos dicho, el reflejo de su salud, y nada más infame que ver á una tierna criatura morir envenenada por la leche que ha mamado.

10. Todavía pueden las familias hacer por su propia cuenta un exámen ligero sobre la riqueza nutritiva de la leche.

Debe ser esta de un color algo azulado, semitransparente, con viso amarillento; cuando es muy azul revela que abunda en agua, en otros términos que es poco nutritiva; de olor agradable y viscosa, en términos que pueda conservarse una gota sobre el dorso de la cuchara ó sobre la uña.

Quando se quiere proceder á un exámen minucioso, ya hay necesidad de confiarlo á personas inteligentes, los médicos ó los químicos.

Sólo éstos pueden sacar el partido legítimo del exámen microscópico y del exámen químico con el *butirómetro* de Leconte, el *sacarímetro* de Soleil, el *lacto-butirómetro* de Marchand, el *cremómetro*, el *lactoscopio* de Donné, y otros muchos aparatos y procedimientos con los cuales puede hacerse un análisis detenido de los elementos componentes de la leche.

El valor de estos datos, sin embargo, no excede al de los que hemos citado, y si aquellas cualidades

saben exigirse ó buscarse con cuidado, la madre puede estar tranquila por la lactancia de su hijo.

Conveniente es, de todos modos, que ántes de tomar á una nodriza se la someta á un exámen facultativo.

Este podrá descubrir en ciertas manchas, cicatrices... etc., enfermedades que pasarían desapercibidas para los padres.

DR. ANGEL PULIDO.

Mayo del 75.

LA FORMACION DE LAS METEORITAS

Y EL VULCANISMO.

Quando Howard, Klapproth, Vauquelin y Berzelius hicieron conocer la composicion química elemental de un gran número de meteoritas, observaron que los elementos simples que entraban en la composicion de estos cuerpos eran idénticos á los que abundan en la corteza terrestre. Ya anteriormente Chladai había reconocido la naturaleza planetaria de esos sorprendentes productos.

La conexion entre las meteoritas y los planetas hizo presumir que los otros cuerpos celestes estaban igualmente constituidos por los elementos de nuestra tierra. Las indagaciones de análisis espectral, inauguradas por Bunsen y Kirchhoff, han puesto el hecho en evidencia por lo que concierne al sol, y las observaciones de Secchi, de Huggins y de Miller sobre los espectros de las estrellas fijas, hacen probable la opinion de que todo el universo está compuesto de los mismos elementos.

Así como el análisis de las meteoritas ha servido de base al conocimiento de la composicion material de los cuerpos celestes, del mismo modo la consideracion de la forma de aquellas, parece que debe esclarecer, para nosotros, el pasado de los astros y dar á conocer los cambios á que están sujetos.

Las formas de las meteoritas son extraordinarias, habiéndoselas mirado hasta el presente con poca atencion; sin embargo, el hecho de que las meteoritas se muestren siempre con apariencia fragmentaria, es de los más singulares.

El que no haya hecho más que oír hablar de la naturaleza planetaria de las meteoritas y observe por la vez primera una coleccion de estos cuerpos, se quedará sorprendido al ver que no son redondos como los planetas, y sí angulosos, frecuentemente provistos de aristas agudas, y al mismo tiempo exentos en su interior de toda estructura por zonas concéntricas.

Después de haber estudiado Haidinger con gran cuidado la superficie de las meteoritas, adquirió la

conviccion de que la corteza oscura y las aristas redondeadas no son de formacion primitiva, y pensó que las meteoritas se rompían primeramente en el aire, revistiéndose en seguida de una corteza delgada y perdiendo entónces sus aristas agudas.

Antes de entrar en la atmósfera terrestre, cada meteorita ha tenido una forma angulosa, y la mayoría de estos cuerpos tenia aristas vivas; pero las fases de esos pedazos angulosos eran fases de fracturas; cada meteorita es un fragmento. Por la rotura, por la fractura en pedazos de una masa más grande, es por lo que cada meteorita ha tomado el aspecto con que se nos muestra.

Todas las colecciones que contienen meteoritas completas presentan ejemplos que prueban el hecho de una manera irrefutable. Las muestras más notables, bajo este punto de vista, entre las que se encuentran en la coleccion de Viena, son los hierros meteóricos de Agram, de Ilimaë, las piedras de Knyahinya, Seres, Lancé, Chantonay, Orvinio, Tabor, Pultusk, Stannera, etc. No existe dependencia alguna entre la forma de las meteoritas y su estructura interior.

Pudiera creerse que la fragmentacion se verifica en el aire; y, en efecto, se han observado algunos casos raros, en los que el aspecto de la corteza de una meteorita muestra que ésta ha estallado durante el trayecto á través de la atmósfera. Pero estos hechos excepcionales en nada cambian la regla general de la fragmentacion de las meteoritas ántes de su entrada en la atmósfera terrestre. Después de la caída de meteoritas que tuvo lugar el 12 de mayo de 1864, cerca de Butsura en las Indias orientales, encontráronse cinco fragmentos, cuyas distancias entre sí se elevaban á seis millas. Habiéndose recibido estos fragmentos en Lóndres, Maskelyne los juntó y pudo establecer la primitiva forma de la meteorita, ántes de su explosion en la atmósfera, reconociéndose entónces que la meteorita entera ofrecía el aspecto de una escoria, poco gruesa, con superficies curvas: la desigualdad del calor en el aire había debido conducir á la rotura de tal cuerpo. Este ejemplo nos dispensa de citar todos los hechos que prueban que las meteoritas no penetran en la atmósfera en forma de cuerpos redondos semejantes á los planetas.

Así, las meteoritas se nos presentan siempre como fragmentos, escorias, partículas que provienen de una ó de muchas masas planetarias más voluminosas, las cuales, sean una ó muchas, deben tener una extension bastante considerable.

En la mayoría de los hierros meteóricos obsérvase una estructura que muestra que cada ejemplar es una porcion de un individuo cristalino voluminoso. La formacion de estas individualidades cristalinas de grandes dimensiones exige, segun la observacion de Haidinger, un intervalo largo de tiempo,